

VIII

SESIÓN NECROLÓGICA EN HONOR DEL
ILMO. SR. D. ENRIQUE AGUILAR GAVILÁN

Boletín
Real
Academia
de
Córdoba



DIGNUM LAUDE VIRUM MUSA VETAT MORI

(Horacio, Odas, 4, 8, 28)

ENRIQUE AGUILAR GAVILÁN, PARADIGMA DE LA AMISTAD

Ricardo Córdoba de la Llave

Académico Correspondiente

El profesor Enrique Aguilar Gavilán constituyó todo un referente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba y fue compañero queridísimo por cuantos colegas le trataron a lo largo de su vida, tanto en el ámbito profesional como en el personal. Vinculado desde su inicio al Colegio Universitario dependiente de la Universidad de Sevilla, como integrante de la primera promoción de Geografía e Historia que alcanzó su licenciatura en el año 1976, Enrique pasó, poco tiempo después de licenciarse (en 1978), a ejercer su docencia en el Área de Historia Contemporánea de la ya Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba, desarrollando desde entonces una encomiable labor en todos los campos en los que habitualmente suele hacerlo el profesorado universitario.

En primer lugar, en la docencia, donde su labor sobresale en un doble sentido. El primero, por el respeto, aprecio y cariño obtenido de tantas promociones de estudiantes que siguieron sus lecciones en las asignaturas Historia Contemporánea Universal e Historia Contemporánea de España, o en las diversas optativas que año tras año fue impartiendo hasta llegar al curso 2018-2019 en que se retiró, ya de manera definitiva, pocos meses antes de que se produjera su fallecimiento. Todo el alumnado que pasó por sus clases, incluido yo mismo cuando en el curso 78-79 pude disfrutar del privilegio de que fuera mi profesor de Historia Contemporánea Universal, guardamos un recuerdo entrañable de Enrique. Profesor muy cercano, que daba las clases de una manera muy particular, con una voz inconfundible, narrando anécdotas de personajes históricos con las que trataba y conseguía amenizar sus enseñanzas, tenía un dominio y un conocimiento de la materia envidiables y ejerció siempre una docencia de calidad que en la Facultad ha dejado un hueco difícil de llenar.

Docencia que desarrolló también de manera particular con los estudiantes de la Cátedra Intergeneracional, o Centro Intergeneracional Francisco Santisteban como hoy se llama. De hecho, se puede considerar a Enrique como auténtico fundador de esa Cátedra de la Universidad de Córdoba, poniendo

en marcha una idea del Profesor Santisteban y siendo el primero de sus directores, desde el año 1998 hasta 2002. Aquí, Enrique no solo destacó por su contribución a la creación y promoción inicial de la Cátedra, sino por su apuesta decidida porque la formación universitaria formara parte de la vida de esas personas mayores para quienes *La Cátedra*, con ese nombre propio por el que sigue siendo popularmente conocida, se ha convertido en marco vital de aprendizaje y de sociabilidad. Y aquí le ocurrió lo mismo que en la Facultad, se ganó reconocimiento, admiración, cariño de cuantas promociones de estudiantes mayores de 55 años pasaron por sus clases de Historia Contemporánea de España o de Historia contemporánea de la ciudad de Córdoba.

El segundo gran pilar de su actividad profesional fue su vocación investigadora. Vocación a la que tuvo una intensa dedicación desde la publicación de su tesis doctoral por Cajasur y la Universidad de Córdoba, tesis vinculada con el análisis de los partidos políticos y la actividad pública del período isabelino, de ese siglo XIX del que siempre fue gran especialista, o a través de los múltiples estudios y artículos publicados, entre los que destacan los centrados en el período de la Transición. También sobresale en su producción académica una publicación ampliamente conocida y difundida, resultado en parte del resurgimiento de la historia local tras la llegada de la Democracia, la constitución de las Comunidades Autónomas y la creación de los primeros gobiernos autonómicos, del impulso por conocer una *Historia de Andalucía* que le valió un Premio Nacional de Historia al Profesor Cuenca Toribio, la celebración de tres congresos de Historia de Andalucía o la edición de algunas Historias de la comunidad tan celebradas como la de Planeta. Ámbito que luego se hizo extensible a la Historia de la ciudad, donde Enrique Aguilar y José Manuel Cuenca colaboraron en la redacción de una *Historia de Córdoba* que ha tenido numerosas ediciones y se ha convertido en un manual de referencia de la historia de nuestra ciudad desde su fundación hasta el siglo XX.

También insistir en su labor en el terreno de la gestión universitaria donde, además de ocupar diversos cargos en la Facultad de Filosofía y Letras, Enrique formó parte del equipo rectoral del Profesor Eugenio Domínguez, ocupando el cargo de Secretario General de la Universidad de Córdoba entre los años 2002 y 2006, en una etapa brillante donde llevó a cabo una labor que también en este campo supo, como en todos por los que transitó, ser excelente.

Y no quiero terminar sin aludir al aspecto humano de la persona. Cualquier colega que haya conocido a Enrique sabe que se trataba de un hombre que amaba intensamente la vida, que disfrutaba de ella, y en particular de la

amistad de sus amigos. Fue siempre un hombre tremendamente social, que se daba por entero en el ámbito de las relaciones humanas, y eso le valió el participar en proyectos e iniciativas que quizás no resultan tan habituales en el ámbito universitario pero que desde luego merecen ser destacadas, como sus colaboraciones en prensa con el Diario *ABC*, el haber sido responsable cultural de la Fundación Caja Rural del Sur, o el papel jugado en los momentos de solaz que también la vida universitaria conoce, en definitiva, por haber jugado en el terreno de la actividad social un papel tan destacado como el desarrollado en el ámbito universitario. Y es que el bien hacer en todas esas facetas o aspectos de la vida se debe en suma a que fue una gran persona, de enorme fe, vitalidad, optimismo, esperanza y alegría de vivir, que llegó hasta el final de sus días, afrontando esa terrible enfermedad de la ELA de una forma ejemplar, constituyendo un ejemplo, un paradigma para todo aquel que afronte una situación parecida.

Cuando pienso en Enrique recuerdo las palabras que el poeta antequeraño José Antonio Muñoz Rojas escribió en 1976, justo en aquel año en que Enrique se licenciaba en nuestra Facultad, de que al igual que se combinan los azules los grises los blancos para formar la belleza del cielo, y los verdes los marrones los ocre para lograr la belleza del paisaje, se combinan las cualidades del alma para ofrecer el mayor tesoro del que los seres humanos disponemos fuera del reino de la sangre, la amistad. En este terreno, el de la amistad, Enrique fue siempre un ser excepcional y por ello sus amigos y sus amigas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba le echaremos, también para siempre, tanto de menos.